



Conferencia Internacional
(Primera Iberoamericana)

CHESTERTON
Y LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA
Buenos Aires, 21 al 24 de septiembre 2005

**Roma y Cartago: un Enfrentamiento Político-
Metafísico que perdura en la actualidad**

Juan Vergara del Carril

Conferencia pronunciada el viernes 23 de septiembre

Sociedad Chestertoniana Argentina

Agüero 1287 Capital Federal CP (1425EMC) - Tel/Fax (54-11) 4961 6847

sca@SociedadChestertonianaArgentina.org

www.SociedadChestertonianaArgentina.org

INTRODUCCIÓN

En primer término quiero agradecer a The G. K. Chesterton Institute for Faith & Culture; a la Sociedad Chestertoniana Argentina y a quienes con su labor ímproba organizaron esta Primera Conferencia Iberoamericana sobre la "Actualidad de Chesterton en la crisis de nuestra cultura".

También agradezco a mi padre: Angel Vergara del Carril, quien es un profundo conocedor de la obra Chestertoniana, y me introdujo a muy temprana edad en su lectura y admiración.

En estos tiempos en que no se ama ni se busca la verdad, que hemos retrocedido a la época de la torre de Babel, resulta imperioso, impostergable e imprescindible reinstalarnos en el ámbito de lo sacro, y recuperar los valores del bien, la verdad y la belleza.

Ante un mundo conducido por fariseos, saduceos y filibusteros, que pretenden englobarnos en un gobierno universal, tecnocrático e impío, que en definitiva sirve al padre de la mentira, es urgente que asumamos la tarea de recuperar lo perdido, a través de los valores perennes. Para esta tarea, uno de los referentes más preclaros es sin duda Gilbert Chesterton.

No se pueden cortar las raíces y pretender seguir abrevando de los frutos. Sin raíces, tarde o temprano, el fruto muere.

Chesterton nos enseña que si no nos aferramos al árbol de la vida, será inútil pretender obtener la añadidura.

Y la savia del árbol de la vida indefectiblemente pasa por Roma.

En lo que a mí respecta, trataré en forma harto modesta de señalar algunos hilos conductores entre dos fuentes de cultura, que desde tiempos inmemoriales se han enfrentado en un conflicto político-metafísico que perdura en la actualidad.

Como colofón leeré la brillante, aguda y poética visión de Chesterton de tal enfrentamiento, descrito en el capítulo denominado "La guerra entre los dioses y los demonios" de su libro "El Hombre Eterno".

Comenzaré con una anécdota personal. Tenía 13 años, estaba en primer año del colegio secundario. El profesor explicaba la segunda guerra púnica. Describía con mucho realismo, y significativos detalles, el avance de Aníbal con su ejército sobre Roma, sus sucesivos triunfos, la traición de los aliados, los cientos de miles de romanos que morían en los campos de batalla y la catástrofe que se avecinaba sobre ellos. Tocó el timbre, el

profesor apresuradamente concluyó la clase, sosteniendo que finalmente habían vencido los romanos.

Mis compañeros salieron presurosos al recreo, yo quedé meditabundo en el banco. El profesor me preguntó qué me ocurría. Le respondí con otra pregunta: ¿Cómo era posible que ganaran los romanos, si lo habían perdido todo?

Me contestó dubitativamente, alegando que había sido una guerra que duró muchos años y que los cartagineses no habían logrado su objetivo final de conquistar la ciudadela romana. Su respuesta no me convenció, el interrogante seguía en pie: ¿Por qué Roma resultó victoriosa? Con el tiempo, comencé a interesarme por dicha temática, leyendo y consultando lo atinente a la misma.

Cuando aún adolescente leí el capítulo "La guerra entre los dioses y los demonios", Chesterton respondió espléndidamente a mi interrogante.

Posteriormente, abordé las obras de los clásicos, entre ellos a Polibio, Plutarco, Tito Livio, Nepote, Floro, Cicerón, Apiano, Orosio, y, obviamente a Virgilio.

Asimismo, examiné a los distintos autores que escribieron sobre el mundo romano y el Cartaginés y pude comprobar la genialidad de Chesterton que en escasas páginas logró captar acabadamente el espíritu subyacente en las guerras púnicas y el significado óptico de la resistencia de la Civilización Romana contra toda esperanza.

Entiendo necesario destacar que la crítica e hipercrítica de conocidos historiadores, tanto contemporáneos como antiguos, algunos de enorme erudición, pero que desconocen la importancia del mito, la leyenda, lo simbólico, y el saber poético; pulverizan, ignoran e ironizan sobre todo aquello que no pueden medir, calcular o pesar. No tienen el oído atento al ser de las cosas, ni saben ver en lo profundo, olvidando aquella reflexión del Principito que "sólo se ve bien lo que se ve con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos".

En su racionalismo a ultranza niegan la existencia de los Hiperbóreos, los Argonautas, Homero, Antígona, Rómulo o el Rey Arturo. Esto recuerda a lo dicho por Marechal, en su poema "El Robot":

**“Yo viví en una charca de batracios
prudentes y sonoros en su limo.
Cierta vez pasó un águila sobre nuestras cabezas,
y todos opinaron: ese vuelo no existe” .**

En este mundo los batracios en su prudente y sonoro limo, exclaman: **“Eneas, no existe!”**.

Como decía Platón: **“los poetas nos traen sus bellos cantos que han libado de fuentes de miel y de ciertos jardines de las musas. Y dicen la verdad: el poeta, cosa ligera, alada y sagrada, es incapaz de crear hasta que se endiosa y enajena, hasta perder la razón entera. Porque al hombre razonable le es del todo imposible poetizar y cantar oráculos. Quienes poetizan... actúan por don divino... no hablan por su arte sino por su fuerza divina... Dios, arrebatándoles la cordura usa a los poetas como servidores... por don divino los poetas interpretan a los dioses...”** (“ION” Platón p.33/34).

Precisamente Chesterton -con su poético vuelo de águila- es la antítesis de los investigadores racionalistas, y su pensamiento abreva en las auténticas fuentes culturales, que transmite a través de sus notables paradojas, sus lunáticos personajes, su lenguaje simbólico, su alegre realismo, su mensaje esperanzador; todo ello enraizado en la caridad, que no le faltó nunca.

Chesterton al creer absolutamente en el misterio insondable de la Encarnación del Verbo, no dudaba de la existencia de las hadas y de los ángeles.

¿QUIÉNES ERAN LOS CARTAGINESES?

La estirpe de los cartagineses era semítica, provenían de la zona de Tiro (Líbano) y se los conocía como fenicios.

Coinciden todos los historiadores, tanto los favorables a Cartago, como los contrarios a ella, que heredaron **"el estamento oligárquico de los comerciantes fenicios, un gran poderío económico y, con el, una gran significación política. De aquí que haya sido el comercio - y no la realeza -... el factor determinante y esencial de su colonización"** (Werner Huss, "Los Cartagineses", p. 14).

De las primeras etapas de la expansión fenicia prácticamente no se han encontrado huellas arqueológicas, debido a que no tuvieron asentamientos propios y que solían establecer sus factorías en lugares protegidos por la naturaleza. Por otra parte, sus mercancías - tejidos, vasos, ungüentos y esclavos -, eran artículos perecederos que no duraban en el tiempo.

Comenta el historiador Baker en su libro "Aníbal" (p. 14 y 17), en el que lo trata con indudable admiración y simpatía, que **"solo cuando aparecieron los fenicios en el mediterráneo comenzó esa tradición que se prolonga aún hoy en la línea recta hasta Wall Street y hasta el puerto de Singapur... el fenicio tenía la obsesión del cálculo, lo que hacía de él un excelente hombre de negocios... carecía de dotes políticas. Las actividades únicamente mercantiles implican a**

menudo una estrechez de miras intelectuales que veda al individuo el alcanzar otras formas superiores de la actividad humana."

Tanto **Homero**, como **Timeo** y **Plutarco** entre otros historiadores clásicos, han señalado y se quejaban con frecuencia de la "**lealtad púnica**", como equivalente a la mendacidad y el perjurio; considerándolos codiciosos, crueles e irreligiosos.

El historiador **Plutarco**, tras un cuadro sombrío de su fisonomía alega que "**distinto (del carácter del pueblo de los atenienses) es el de los cartagineses: áspero, sombrío, sumiso a los poderosos, duro con los súbditos, extraordinariamente indigno en situaciones apuradas, absolutamente prontos a los estímulos de la cólera, permanentemente intransigentes en las decisiones una vez adoptadas, reservados y bruscos frente a los finos modales y a la gracia**".

Según la documentación literaria que nos ha transmitido la antigüedad, Cartago nunca tuvo una industria que se destacara por la calidad de sus productos. Sus artesanos parecen no haber sabido realizar, más que por excepción, objetos elegantes que el capricho de los refinados permitiera pagar a precios muy elevados. No llegaron a crear un estilo propio. Por el contrario, se dedicaron a la producción de objetos de uso corriente. Y aún esta industria no se desarrolló en realidad hasta bastante tarde. Sus formas y su decoración, se inspiraba sobre todo en modelos extranjeros. Fue, principalmente un mercado de intermediarios y de redistribuidores de productos... a través del corretaje y el flete, que constituía lo esencial de su actividad comercial. (André Aymard-Geannine Auboyer, Roma y su Imperio, pág. 47/48).

Su actividad comercial se basó en el monopolio apoyado por la fuerza y mantenido mediante la diplomacia por su oligarquía gobernante y su ejército mercenario.

La destrucción sistemática de Cartago no permite tener un conocimiento de su arte. Lo que ha sobrevivido, nos llegó mayoritariamente a través de los hallazgos de esculturas, de cerámica y de orfebrería efectuados en sus tumbas. Su estudio demuestra que no se puede hablar de un arte original cartaginés. Lo encontrado generalmente no presenta mayor interés estético "o bien refleja la imitación directa del extranjero, cuando no la ejecución por manos extranjeras". (André Aymard-Geannine Auboyer, Roma y su Imperio, pág.51).

Incluso gran parte de sus obras de arte "**habían sido arrebatadas como botín de guerra por los ejércitos cartagineses**".

FUNDACIÓN DE CARTAGO

Según los historiadores más antiguos -entre los que se encuentra **Virgilio**-, Pigmaleón reinaba en Tiro.

Su hermana **Elisa (Dido)** se casó con **Sicarbas**, que era el segundo personaje más importante del Estado después del rey.

Pigmaleón hizo asesinar a **Sicarbas**, para quedarse con su cuantiosa fortuna, y evitar la eventual toma del poder.

Pero no logra quedarse con su fortuna, porque **Dido** carga el tesoro en los barcos y huye con sus adeptos. Para engañar a Pigmaleón, en forma ostensible arroja por la borda de los barcos sacos de arena haciendo creer que era el oro que le estaba ofreciendo a los dioses por el alma de su esposo asesinado, y de esta manera burla a Pigmaleón.

Navegando en las cercanías de lo que será Cartago, Dido solicita a los indígenas que le permitan ocupar una porción de tierra donde establecerse, que no alcanzaría más que la extensión de una piel de buey. Los africanos, pensando en lo exiguo de la pretensión, acceden bajo juramento ante sus dioses.

Dido corta la piel del buey en tiras tan finas y delgadas que obtuvo un extensísimo cordón con el cual rodeó un territorio que era bastante extenso. Los indígenas, si bien se sintieron sorprendidos y engañados, como estaban obligados por el juramento, le concedieron a Dido la tierra así delimitada. Desde los tiempos más remotos a la zona de Cartago se le dio el nombre de “Birsá”. En griego dicho término significa “piel curtida”, o “cuero”; esta circunstancia avala la tradición que acabamos de relatar.

Como vemos, Cartago nace a través de un engaño.

Cartago, desde su inicio, constituyó una factoría más que una ciudad propiamente dicha.

A propósito de esto, sostiene Cicerón: **“las ciudades marítimas padecen cierta corrupción e inestabilidad de costumbres, quedan perturbadas por nuevas maneras de hablar y de pensar, e importan, no solo mercancías exóticas sino también costumbres exóticas, de modo que nada puede permanecer incólume de la educación tradicional... Nada corrompió más a la por largo tiempo decadente Cartago... que ese andar errante y esta disipación de sus ciudadanos, que descuidaron el trabajo del campo y el ejercicio de las armas por el ansia de comerciar y navegar. El mar suministra a las ciudades muchos alicientes perniciosos del lujo, que se roban o se importan, y la misma**

amenidad natural del lugar tiene muchos atractivos de concupiscencia lujosa y desidiosa" (Cicerón, "Sobre La República", p. 89).

Cartago no tenía ejército propio; la oligarquía gobernante, es decir los mercaderes y comerciantes, se dedicaban a los negocios y contrataban mercenarios para su defensa, y la expansión de sus fronteras mercantiles.

LA RELIGIÓN CARTAGINESA

Los cartagineses rendían culto a los dioses **Molok** y **Tanit**, habiendo heredado de sus predecesores los fenicios la costumbre de sacrificar seres humanos. Esto es señalado por Sófocles, el seudo Platón, Ennio, Plutarco, Tertuliano, Porfirio y Cicerón, entre otros.

El antiguo testamento prohibió severamente tales prácticas (lev. 18,21), ordenándose lapidar al culpable de semejante abominación. (lev. 20,2-6).

Los judíos, incluidos Salomón y otros reyes, incurrieron en reiteradas oportunidades en esta siniestra práctica. La frase **"pasar a su hijo por el fuego"**, alude a este horrible culto, que fue condenado severamente por los profetas (I Re. 11-17; II Re. 2-63; Ez. 16/20; 20/26, 23/37; Is. 30/33 y 57/55; Jer. 32/35).

Se quemaba a niños vivos sobre el altar de **Molok**, o en los costados de su estatua de bronce, o se los introducía desde arriba para que se fueran deslizando por un tobogán hasta el fuego. Mientras esto ocurría, se cubrían los gritos desgarradores de las víctimas con los timbales, tambores y el canto de los sacerdotes. A raíz de este culto, dijo el profeta Jeremías que tales obras irritaban y eran el objeto de ira y furor de Yahveh, quien afirmó que **"Han puesto sus abominaciones hasta en la casa en que se invoca mi nombre, profanándola. Han edificado los lugares altos de Baal... para pasar por el fuego a sus hijos y a sus hijas en honor de Molok, cosa que yo nunca les mandé ni nunca me propuse. Cometer abominaciones semejantes y hacerse Judá ¡reo de tal crimen!"** (Jeremías 32,35)

¿Cuál es el castigo que Yavé predice para la ciudad? Será pasada por la espada, padecerá hambre, peste y, finalmente: "le pegarán fuego, quemarán las casas, en cuyos terrados incensaban a Baal y ofrecían libaciones a los dioses extraños para irritarlos". Precisamente, así terminó Cartago al concluir la tercera guerra púnica.

Actualmente, los más refinados países inmolan inmisericordemente a millones de niños que aún no han nacido a través del aborto, en honor del dios del consumo, del hedonismo, del egoísmo y del materialismo, ignorando el grito silencioso y estremecedor de quienes serán sacrificados a **Molok**.

MÚSICA

No es del caso explayarse aquí sobre la importancia esencial de la música desde la creación del mundo. Nos remitimos a lo expuesto sobre esta apasionante temática por Orfeo, Pitágoras y Platón, quienes aludían a la música como un elemento imprescindible para la formación del hombre. Arístides Quintiliano, en su antiquísimo tratado titulado "Sobre la Música", al referirse a la música de Cartago, alude que:

"Para los fenicios y sus descendientes cartagineses, la música ha sido desviada a lo antinatural, a la vileza y a la educación musical nociva y adornan indebidamente sus cuerpos..." (A. Quintiliano "Sobre la Música" P. 127).

MISIÓN DE FUNDAR ROMA

En la guerra entre los troyanos y los griegos, Eneas se transforma en el héroe de la última resistencia troyana. Allí recibirá el mandato de los dioses de fundar una nueva ciudad.

Eneas carga sobre sus hombros a su herido padre y, junto con los penates, por orden de los dioses a través de Héctor, inicia con sus hombres - después de la destrucción e incendio de Troya- el viaje hacia el centro espiritual, hacia la tierra sagrada, hacia Roma. Es decir que Eneas tiene el mandato de retirarse con los objetos de culto y los penates troyanos; hacerlos compañeros de su destino, buscándoles el gran recinto sagrado que debe fundar.

Partirá Eneas en cumplimiento de la misión encomendada iniciando el viaje bellamente relatado por Virgilio en la Eneida.

Chesterton consideraba a Virgilio como **"un cristiano anterior a Cristo"**, y afirmaba: **"Virgilio, ¿Quién dudará de tu suprema salud espiritual con sólo leer dos versos tuyos?...la obra virgiliana... es una de las tradiciones que preparó el advenimiento del cristianismo, y específicamente de la caballería cristiana"** (Chesterton, "El Hombre Eterno", p. 186/187).

Entre las distintas peripecias, Eneas recalca en Cartago. Allí Dido se enamora perdidamente de él, y contraen matrimonio. Eneas, en sueños, es avisado por Mercurio sobre los peligros que le esperan si esa misma noche no huye raudamente de Cartago, a fin de continuar con su viaje en la Misión encomendada. Eneas se levanta prestamente e insta a sus hombres a soltar rápidamente las velas.

Cuando irrumpe la aurora, Dido advierte la huida y lanza su terrible maldición sobre Eneas, e impetra a sus dioses fenicios que lo conduzcan a la muerte, que no encuentre la paz, que no consiga ser rey de su reino, ni obtenga la dulce luz, que sea destronado y que yazga su cadáver insepulto en la arena. Concluye su impetración en los siguientes términos: **"Esto es lo que os pido, la última ansia que escapa de mi pecho con mi sangre. Y vosotros, mis tirios, perseguid sañudos a su estirpe, y a toda su raza venidera, rendid este presente a mis cenizas: que no exista amistad ni alianza entre ambos pueblos. Álzate de mis huesos, tú, vengador, quien fueres, y arrolla a fuego y hierro a los colonos dárđanos ahora, en adelante, en cualquier tiempo que se os dé pujanza. En guerra yo os conjuro, costa contra costa, olas contra olas, armas contra armas, que haya guerra entre ellos y que luchen los hijos de sus hijos"**.

A partir de allí, quedará señalada la perdurable y misteriosa enemistad entre Roma y Cartago, y entre lo que ambas civilizaciones simbolizan.

EL CONCEPTO DE LA TIERRA

A fin de inteligir las profundas diferencias entre estas dos fuentes de cultura, y su cosmovisión del mundo y el destino del hombre, es imprescindible señalar que el Estado Cartaginés y el Estado Romano corresponden a dos tipos sociales opuestos. Los romanos constituían un campesinado, profundamente arraigado en el suelo itálico. Los cartagineses eran una minoría colonizadora, y expansionista de comerciantes. Redujeron a servidumbre a los indígenas agricultores. Fueron traficantes de esclavos y concertaron alianzas con los indígenas nómades.

El objeto de su política expansionista, con un fuerte apoyo militar, tenía como objeto, principalmente, la extensión de sus factorías y el dominio económico del Mediterráneo. Chesterton rescatará estas antiguas tradiciones del campesino romano en contraposición con las sociedades mercantilistas plutocráticas, entre las que ubica como la mentora a Cartago.

Citaré a mero título ilustrativo, ciertos ejemplos y actos del pensamiento y actitud de los romanos:

Comenta Cicerón: **"...entre todos (los oficios) por los cuales se pueden adquirir cosas, ninguno es mejor, ni más abundante, ni más dulce, ni más digno para el hombre libre que la agricultura"** (Los oficios I, Cap. 42). **"Nada es más digno de un Rey que cuidar del cultivo del campo"**. **"...Pero tampoco duda el labrador, aunque viejo, en responder cuando le preguntan para quién siembra: para los dioses inmortales, que no sólo quisieron que yo heredara**

esto de mis antepasados, sino que aproveche también a mis descendientes" (Cicerón, "Diálogo sobre la vejez" Cap. VII, Ed. Bouret, París, Pág. 185).

Cuenta el historiador hispánico Floro, que vivió en el siglo I, lo siguiente, hablando de Cincinnato, cuando en el año 467 A.C. fue convocado para conducir el Ejército Romano que corría el serio riesgo de perecer:

"Tito Quincio Cincinnato, aquél célebre dictador del arado, que con singular denuedo salvó los reales del Cónsul Marco Minucio, sitiados y próximos a caer en poder del enemigo. Corría el tiempo de la sementera, en ocasión que el Lictor encontró al Patricio inclinado sobre el arado y ocupado en sus faenas agrícolas. Lanzóse Tito desde allí al campo de batalla y para que en todo resultare la imagen de sus rústicas labores, obligó a los vencidos a pasar bajo el yugo, a manera de ganado. Una vez terminada la campaña, el victorioso labrador volvió junto a sus bueyes. Gran dios y con cuán rapidez se hizo aquella guerra... cual si el dictador se apresurara con el objeto de reanudar la tarea interrumpida". (Lucio Aneo Floro "Gestas Romanas", Pág. 25, Ed. Austral).

Al respecto, refiriéndose al enfrentamiento entre Roma y Cartago señalará Chesterton que todos los romanos **"tenían un ideal común. Este ideal sólo puede llamarse el ideal de Cincinato, pasando del senado al arado"** (Chesterton, "El Hombre Eterno", p. 171).

Dirá Virgilio: **"Sería demasiado feliz el habitante de los campos si conociera su felicidad"** (Georg. II, 458-459). El hombre romano está ligado íntimamente a la **mater tellus**. Que será cantada por Virgilio como **"iustísima tellus"**. El término cultura, es latino, proviene de **"colere"**. **"Colere"**, significa tomar el arado y labrar la tierra.

El romano le entrega a la tierra su labor ímproba y con él, parte de su humanidad, y la tierra le devuelve, además de sus frutos, una gratificación, una catarsis, es decir, una purificación.

Así como a través del arado el romano abre el surco en la tierra, pone la semilla, cuida de las sementeras y las protege. Ocurre algo semejante con la labor cultural. A través de los poetas y maestros se va sembrando en el intelecto la sana doctrina, procurando abonarla, tratando de evitar que las plagas destruyan el sembrado, o que lo hagan estéril, para que finalmente ello fructifique, a través de la lumbre vivificadora de la verdad.

El romano cuando siembra la tierra se siente un cooperador de los dioses, un intermediario, una especie de sacerdote. Es necesario cooperar con la divinidad, para que la tierra mostrenca se convierta en vergel.

Con ello se siente regido por el numen de los dioses como lo pregona **Virgilio**. ("Georgias", I, 125-135).

FUNDACIÓN DE ROMA

Abusando de vuestra paciencia, les pediré un esfuerzo de concentración e imaginación a fin de recrear el sagrado rito fundacional; teniendo en cuenta, mientras voy leyendo, que estamos en el año 753 Antes de Cristo, es el 21 de Abril, y no estamos en este recinto, sino junto a Rómulo.

Plutarco, historiador helénico, nacido en el año 46, nos relata en su vida de **Rómulo** la fundación de **Roma** de la siguiente manera: “... **Se dispuso a fundar la ciudad haciendo venir de tirrenia hombres que, con ciertas leyes y libros sagrados, interpretaban y explicaban cada rito igual que en una ceremonia religiosa. Se excavó un pozo redondo en el actual comicio, y se depositaron allí primicias de todos los productos que por ley, utilizaban como buenos y, por naturaleza, como necesarios. Y, por último, de la poca tierra que cada uno había traído de su lugar de procedencia, echaban una parte allí mismo y la mezclaban. Llamaban a este pozo con el mismo nombre que al cielo: mundum.**

Luego, como un círculo, trazaron en torno a este centro la ciudad. El fundador, metiendo en el arado una reja de bronce y unciendo un buey macho y otro hembra, él lo conducía trazando un profundo surco alrededor de los límites, y para los otros, siguiéndole, consistía la tarea en meter dentro de los terrones que el arado levantaba y cuidar de que ninguno saliera afuera.

Pues bien, con ese trazo delimitaban la muralla y se llamaba, por sin copa, **Pomerium**, o sea “detrás del muro” o “dentro del muro”. Donde tienen previsto colocar una puerta sacando la reja y poniendo en alto el arado, dejan un intervalo. De ahí que consideran sagrada toda la muralla excepto las puertas. Y si consideraran sagradas las puertas, no sería posible sin temor a los dioses introducir ni sacar fuera las cosas necesarias y no puras”. (conf. Plutarco “Vidas Paralelas” –Rómulo-, pág. 85,86, Ed. Gredos).

Tito Livio señalará que **Remo** fue muerto por **Rómulo** porque en son de burla atravesó las murallas. Así perezca todo aquél que se burle de lo sagrado (Tito Livio “Historia Romana” I,VII).

Roma, es imperecedera, porque constituye el centro sagrado por excelencia.

Fundar significa **“estar poniendo”**, en el sentido descrito por Plutarco.

En este orden de ideas expresa **Cicerón: “No hay ninguna cosa en la cual la virtud humana se aproxime más al Numen de los dioses, que el hecho de fundar ciudades y conservar las ya fundadas”**. (Cicerón “La República” I, VII)

Enseñaba el eximio filólogo Carlos Disandro que el romano es esencialmente un "Homo Conditor" (Hombre Fundador); porque su misión por mandato divino era la de fundar ciudades o conservar las ya fundadas.

Exponía **Catón** (Año 168 A.C.):

“Cuando nuestros antepasados querían alabar a un buen ciudadano, le daban nombres de un buen agricultor, de un buen granjero. Estas expresiones representaban para ellos los límites extremos de la alabanza... entre los cultivadores nacen los mejores ciudadanos y los soldados más valientes, los beneficios son honrados, asegurados y nada odiosos”. (Catón “De re rústica” Introducción).

Veamos cómo describe un notable historiador contemporáneo lo que venimos relatando:

“Estos campesinos lo mismo se presentaban a la fatiga de la vida de los campos que a los de la profesión militar; el sueldo de la guerra, una industria complementaria de la agricultura. Con esos campesinos, que eran al mismo tiempo soldados, pudo la nobleza romana vencer por primera vez a Cartago, la gran potencia mercantil cuya expansión comercial acabó por ceder a la expansión militar y agrícola de Roma. ...Si tal esfuerzo de guerra y de conquista pudo durar varios siglos, sólo fue porque Roma, gracias a la disciplina moral y al espíritu conservador de la nobleza, había persistido como sociedad agrícola, aristocrática y guerrera. La tierra no se conquistaba definitivamente, aún en las edades bárbaras, más que con el arado; no pertenece a los que la empapan de sangre en los choques feroces de los ejércitos, sino a los que luego de apoderarse de ella, la laboran, la siembran y la pueblan. Hacia el final del tercer siglo Antes de Cristo, Roma dominaba Italia porque las más altas virtudes de todas las clases eran las de las sociedades rurales, bien disciplinadas”. (Guillermo Ferrero, “Grandeza y decadencia de Roma” I, 22/23).

Para la nobleza romana, era un deber el cultivar los campos y se ve el profundo sentido que ello tenía cuando en caso de no cumplir con estos menesteres, se lo culpaba de impolitía, lo que supone que se oponía a la política; es decir al bien común. (A. Gelio, "Noches Áticas", p. 69).

Plutarco en la vida de **Catón** cuenta lo siguiente: “**Estaba a corta distancia de sus posesiones la casa de campo en que residía Marcio Curio, el que había triunfado tres veces. Iba frecuentemente a ella y viendo lo reducido del terreno y la sencillez de toda su casa, no pudo menos que meditar sobre la conducta de un varón tan singular que, con ser el más excelente entre los romanos, con haber sojuzgado los pueblos más belicosos y haber arrojado a Pirro de Italia, él mismo labraba aquel campo y vivía en aquella casita después de tres triunfos. Allí mismo lo hallaron sentado al fuego, cociendo unos rábanos, los embajadores de los Samnites, y le ofrecieron cantidad de oro, mas el los despidió, diciendo que está de sobra el oro para quienes se contentaban con aquella comida, y que era para él más apreciable que tener oro el vencer a los que lo tenían. Catón al retirarse de allí reflexionaba sobre estas cosas, y volviendo la consideración a su propia casa, sus campos, sus esclavos y su gasto, se aplicó más al trabajo y cercenó superficialidades**” (Plutarco, “**Catón**”, capit. XII –II).

EL NOMBRE SECRETO DE ROMA

No es del caso aquí explayarse sobre los nombres y su significado esotérico a través de las distintas tradiciones. **Roma** se fundó con un rito iniciático y tuvo su nombre secreto.

Para el vulgo en general, **Roma** derivaría del vocablo griego **RHOME**, que significa "fuerza". Para otros provendría de su fundador, **Rómulo**. Hay quienes sostienen que **Roma** se casó con **Eneas** y ella proporcionó su nombre a la ciudad. También se ha dicho que el río Tiber se denominaba antiguamente **RÚMON**.

Algunos autores recuerdan la similitud semántica del **TIBER** remonta a la raíz arcaica **TEBE** que corresponde a la **TEBAD** del texto bíblico (es decir el Arca), como el **TIBET** sagrado que vigila los hielos del Hymalaya; y nos vuelve al mismo tiempo a la solitaria **THEBAIS** helénica, donde se retiraban los eremitas para meditar y hacer penitencia. De ahí deriva la **TEBAIDA** en que se alojaban los ermitaños católicos para rezar y contemplar apartados del mundo.

Según otra interpretación el nombre de **Roma** procedería de **RUMA**: palabra que en latín arcaico designaba la mama de la mujer.

Más allá de las significaciones e implicancias etimológicas, sobre el origen y significado del nombre “**Roma**”, si se piensa que dicha palabra definiría un centro de “**virtus**”, es decir fuerza o energía numinosa y sagrada, en seguimiento de la versión de **Vladimir Soloviev**, en su magna obra "Rusia y la Iglesia Universal", interpreta que leyendo el

nombre de la **CUIDAD ETERNA**, desde la derecha hacia la izquierda, se descubre su verdadero místico significado: **AMOR**.

San Juan Evangelista dirá que “**Dios es amor**”.

Nuestro Señor Jesucristo fundó su iglesia y nombró a **Pedro** su cabeza. Si bien **Pedro** negó a Jesús, después lo lloró amargamente. Dice la tradición que **Pedro** lloró tanto al recordar esta traición que le quedó un surco en su rostro. Gesto que es una señal inequívoca del amor.

San Pedro irá a **Roma**. Llevará la buena nueva del verbo encarnado. Morirá mártir por no traicionar a ese amor. Será enterrado en **Roma** y debajo del altar del Vaticano aún reposan sus huesos. Habiéndose constatado la veracidad de la antiquísima tradición que señalaban que su tumba se encontraba allí, lo que fue confirmado en las excavaciones realizadas en el pontificado de Pío XII.

VATICANO

Los campos vaticanos y el dios que los preside tomaron el nombre de los oráculos (vaticinia), que se daban en aquella campiña, por inspiración de dicho dios.

Varrón, en su tratado: “De las cosas divinas”, comenta lo siguiente: “**De la misma manera que se dio el nombre de Aio al dios que lo lleva, a causa de una voz divina que oyó en la parte baja de la Vía Nueva, donde se la ha elevado un altar; así se nombró al dios Vaticano porque preside a los primeros sonidos de la voz humana. En efecto, en cuanto los infantes ven la luz, hacen oír en su primer vagido, el sonido de la primera sílaba de la palabra Vaticano. Por esta razón, se le llama vagido, vocablo que expresa el primer sonido de la voz naciente**”. (Auelo Gelio “Noches Aticas” P. 120).

Cómo no traer a colación el prólogo del Evangelio de San Juan “**y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros**”.

El puente, la piedra y custodia de la palabra encarnada reside desde el comienzo en Roma, en el Vaticano.

Expuso el Cardenal Pacelli, quien luego sería Pío XII: “**Roma e una parola di misterio, come un misterio e il destino di Roma**”. (Roma es una palabra de misterio, como un misterio es el destino de Roma)

Sigue diciendo que “**en la imagen de la antigua Roma idólatra que se hace madre de los pueblos y hace hijos suyos y ciudadanos a los hijos mismos de**

los bárbaros, reconocemos la anticipada visión de la Roma cristiana, madre de todas las iglesias y patria común de todos los hijos de Dios, pre ordenados por las aguas del bautismo y por la gracia regeneradora, a ser ciudadanos de aquella suprema Roma por la cual Cristo es romano... y si es Roma cualquier lugar en que un adepto de Roma se acampa, allá, en la colina vaticana, se eleva, sobre la tumba de Pedro, su cúspide sublime que esparce su luz hasta los más remotos confines del mundo. Aquel rincón de la orilla del Tiber, herencia sagrada que en los pactos lateralenses, prenda y sello de reconciliación y concordia entre la Iglesia y el Estado, el corazón del Padre común guardaba para sí, libre e independiente de cuanto la devoción de los siglos le había regalado, es la fuente de la autoridad de los Pastores, es el faro indefectible de la Fe y de verdad moral que, en medio de las tormentas de los errores y de las tempestades de las pasiones, la pobre humanidad necesita para atender y llegar al puerto de paz y salud al que Dios la destinaba" (Cardenal Eugenio Pacelli, "El Sagrado Destino de Roma", Año 1939)).

Indicó el Padre **Castellani**, que según el comentario de los santos padres, el obstáculo (katejón) mencionado por **San Pablo** que impide el reinado del Anti- Cristo, es el **Imperio Romano**.

LAS GUERRAS PÚNICAS

La Primera guerra Púnica ocurrió entre los años 264-241 aC; la segunda entre 218-201 aC, y la tercera entre 149-146 aC .

Previo a la primera guerra púnica, "**la sombra de Cartago se alargaba ya sobre el mediterráneo occidental... parecía inagotable, incansable e invencible. Jamás había ascendido su poder a tan algo grado... todos los presagios parecían señalar la extensión del dominio cartaginés y de su monopolio comercial hasta las costas de Grecia**" (Baker, "Aníbal", p. 37 y 39).

Con antelación a los conflictos entre Roma y Cartago, los cartagineses ya habían guerreado contra los griegos.

Me referiré escuetamente a la segunda guerra púnica, que es la mencionada por Chesterton como "la guerra entre los dioses y los demonios".

Contando **Aníbal** con 9 años, su padre lo conduce hasta el altar y le hace poner las manos sobre la víctima del sacrificio, haciéndole pronunciar un voto solemne para que se comprometiera a guardar eterna enemistad a los romanos. (Polibio, III, 11; Tito Livio, XXI).

Posteriormente, **Aníbal** pasa a España a combatir junto a su padre hasta que este muere. Asume el poder del ejército su tío **Asdrubal** ya al morir éste, **Aníbal** que contaba con 26 años es proclamado por la tropa como comandante del ejército cartaginés en España.

A partir de entonces el genial **Aníbal** irá de victoria en victoria, ensanchando las conquistas púnicas en España, llegando hasta Castilla la Nueva.

La ciudad de **Sagunto** constituía la frontera con los romanos en territorio hispánico. **Aníbal**, en cumplimiento de su juramento de conquistar Roma pone sitio a dicha Ciudad, quien pide auxilio a Roma. Allí comienza la segunda guerra púnica en el año **219 aC**.

Tras 8 meses de asedio, **Aníbal** se apodera de la ciudadela.

Cuenta **San Agustín**, ("Ciudad de Dios" 3,20) que los últimos días de la ciudad fueron terribles, los habitantes, acosados por el hambre, fueron devorando los cadáveres de sus allegados, hasta que finalmente los últimos supervivientes encendieron una inmensa hoguera y se arrojaron a ella con sus familiares antes de caer en manos de las tropas de **Aníbal**.

A partir de allí, **Aníbal** comenzará la hazaña del cruce de los Pirineos; en **Abril de 218 aC**, con aproximadamente **50.000 infantes** y **9.000 jinetes**. **Aníbal** logró la gesta prodigiosa, arribando con **26.000 hombres**; es decir que en la travesía de los Pirineos y los Alpes perecieron 33.000 soldados.

Inútiles fueron los esfuerzos de los escipiones para detener la embestida de Aníbal.

La primera derrota importante de los romanos se produce en **Tecino**, en el año 218 aC. En su arenga previa dirá Aníbal a sus hombres: Soldados: es preciso vencer o morir. Todo cuanto posean los romanos, conseguido y acumulado con tantos triunfos va a ser vuestro junto con sus propios dueños. Yo, discípulo de todos vosotros antes que General, saldré al frente del combate. Traemos la guerra, y en son de guerra hemos bajado a Italia. Vosotros no teneis más remedio que ser guerreros valientes. No queda otra salida que no sea la victoria o la muerte. Los dioses inmortales no le han concedido al hombre ninguna otra arma más poderosa que el desprecio a la muerte. (Tito Livio XXI -43 y ss)

Comienzan las desertiones. En diciembre de ese año, Aníbal logra tomar la ciudad de **Clastidium**, e incorpora la guarnición militar a su ejército. Con antelación a la batalla de **Trebia**, 2000 soldados de infantería y 200 jinetes galos engrosan las filas de Aníbal.

En Trebia, los romanos son aplastados y pierden 30.000 hombres.

Aníbal continúa su avance, y el 21 de Junio del año 217 logrará la victoria en **Tracimeno**, en la cuál 15.000 romanos perecen, y 20.000 son hechos prisioneros. Aníbal tan sólo pierde 1.500 hombres, galos en su mayoría; y se queda con el total de las armas y bagaje de los romanos derrotados. En Roma la consternación era total. Aníbal se encontraba a escasos 130 kilómetros de Roma.

Sin embargo, no la atacará, desviándose hacia **Umbría** con la idea de ir conquistando la mayor parte de Italia antes de tomar la ciudadela principal.; de esta manera, arrasa todo el territorio que no se le somete.

El 2 de agosto del 216 aC ocurre la famosa batalla de **Cannas**.

Sostiene Polibio que murieron 70.000 romanos y 10.000 cayeron prisioneros. La mayor parte de los jefes militares romanos, quedó en el campo de batalla , entre ellos, 29 Tribunos (algunos ex-cónsules) y 80 senadores- o magistrados con rango de senador, que, como voluntarios habían luchado entre la tropa.

Entre sus muertos se encontrará el heroico cónsul Lucio Emilio; a quién un tribuno militar al verlo sentado en una roca, y cubierto de sangre le ofrecerá un caballo para escapar; replicando el cónsul que no perdiera el escaso tiempo que tenía para la retirada, que fuera presto a Roma y encargara a los senadores que fortificaran la ciudad y aseguraran su defensa, y que lo dejara morir allí junto a los cadáveres de sus soldados, apenas terminó de hablar el cónsul, los dardos del enemigo acabaron con su vida.

El sur de Italia estaba dominado por los cartagineses, día a día los aliados de Roma se pasaban a las fuerzas de Aníbal (Capua, Calabria, Cosensa... etc.). El rey Filipo de Macedonia traicionando el acuerdo que tenía con los romanos, pacta con Aníbal,

En Roma, todo era llanto, angustia y dolor: "En aquel momento preciso el destino del mundo del que somos herederos estuvo en el filo de la navaja" (Brissón Jean Paul "Cartago o Roma " P.199-200)

CHESTERTON: LA GUERRA DE LOS DIOS Y LOS DEMONIOS

"La historia que quiera sondear los espíritus y los corazones, no tendrá más remedio que admitir que el grande e irresistible impulso que animaba a los romanos, procedía del hecho de que todos tenían un ideal común. Este ideal sólo pueda llamarse el ideal de **Cincinato**, pasando del Senado al arado. Hombres de su estilo habían extendido muy lejos sus conquistas y penetrado en el mundo griego, cuando se vieron arrastrados en la

ventura decisiva que debía cambiar la faz del mundo: la guerra de los dioses y los demonios.

Lejos, muy lejos de **Roma**, al otro lado del mar, se alzaba una ciudad que llevaba el nombre de **Villa-Nueva**. Mucho más antigua, más rica y más poderosa que la ciudad del Lacio, podía, no obstante, seguir justificando este apelativo -que indicaba su origen colonial, como en la actualidad **Nueva York** o **Nueva Zelandia**- por ese algo de brutal y de mercantil que caracteriza a los países nuevos. Centinela avanzado de la expansión fenicia, placiase en afirmaciones de una sonoridad metálica, y repetía, orgullosamente, que nadie podía lavar sus manos en el mar sin consultar con la **Villa-Nueva**. Porque confiaba enteramente en la fuerza de su flota, como las dos ilustres ciudades marítimas de donde procedía. Había heredado de **Tiro** y **Sidón** sus prodigiosas aptitudes comerciales y una perfecta ciencia en las artes de la navegación.

En la **Villa-Nueva** que los romanos llamaban **Cartago**, el dios que ponía en marcha los negocios se llamaba **Moloch**, el mismo quizá que encontramos en otra parte con el nombre de **Baal**, el Señor. Los romanos no sabían cómo encasillarlo; les fue preciso remontarse a sus fábulas más groseras para buscar en ellas una comparación con el mito primitivo de Saturno devorando a sus propios hijos. Pero los adoradores de **Moloch** no eran ni primitivos ni groseros. Su civilización era, por el contrario, suntuosa, madura y refinada, y muy superior en las artes de la vida a la de los romanos. Y **Moloch** no era un mito; su comida, al menos, no tenía nada de mítico ni fabuloso. Aquellas buenas gentes se reunían, efectivamente, para invocar al cielo con objeto de que bendijera sus fructíferos negocios, precipitando los niños por centenares en la pira

Los griegos y los Sicilianos llevaban ya tiempo luchando por **Europa** contra una ciudad de **África**. **Cartago** había derrotado a **Grecia** y conquistado a **Sicilia**...Se reprocha comúnmente a los romanos haberse negado siempre a hacer la paz. Un instinto profundo les advertía que con tales adversarios no habría paz posible. Se les censura su pertinaz **Delenda est Carthago**; pues se olvida que fue **Roma** la destruida, y que la luz sagrada que la baña, a través de los tiempos, proviene, en parte, de que resucitó de entre los muertos.

Existe una guerra religiosa, cuando dos mundos se enfrentan, dos divisiones del mundo o, como si dijéramos dos atmósferas morales. Cuando el aire que uno respira es un veneno para el otro, no hay reconciliación posible; no se puede negociar con la peste.

Cartago, como la mayor parte de los estados mercantiles, constituía una cerrada aristocracia. La presión de los ricos sobre los pobres era allí tan anónima como aplastante, pues la oligarquía excluye el gobierno personal, y la plutocracia siente recelos por todo mérito individual...

Aníbal - en su idioma "**La Gracia de Baal**" -... Se dirigía hacia el Sur, hacia la ciudad que debía arruinar, según mandato de sus dioses tenebrosos... Como signo supremo del desastre, **Roma** vio a sus aliados traicionar uno a uno su fortuna expirante, mientras que a marchas forzadas el invulnerable enemigo se aproximaba a sus muros. Detrás del héroe, el ejército cosmopolita de **Cartago** avanzaba en oleadas... su retaguardia arrastraba la horda tumultuosa de los desertores, los aventureros y los mercenarios, y delante de ellos marchaba **La Gracia de Baal**.

No fue una derrota militar, ni una rivalidad mercantil, la que llenó la imaginación romana con los presagios horrorosos de un trastorno del orden natural del Universo: fue **Moloch**, el dios **Moloch**, levantado por encima de las colinas del Lacio su faz espantosa: fue **Baal**, pisoteando los viñedos italianos con sus talones de piedra; fue **Tanit** la invisible, murmurando, a través de sus velos, el llamamiento de su amor, más espantoso que el odio. El incendio de las mieses de Italia, la devastación de sus viñas y de sus vergeles, más allá de lo real, significaban, verdaderamente, la destrucción de todo lo que es doméstico y fecundo, de todo lo que es humano, bajo el aliento de una inhumanidad que hacía humana la más horrible crueldad. Los dioses del hogar, silenciosos y temblando, se escondían, obscuramente, bajo los tejados de sus humildes moradas, y sobre sus cabezas, arrebatados por un viento venido del otro mundo, pasaba la cabalgata furiosa de los demonios, soplando en la trompeta de la tramontana.

La barrera de los Alpes estaba derribada, y las puertas del infierno se habían abierto. La guerra de los dioses y los demonios había terminado. Los dioses estaban muertos, y **Roma**, con sus águilas prisioneras y sus legiones rotas, **Roma** lo había perdido todo, menos el honor y el coraje helado de su desesperación. Nada en el mundo amenazaba a **Cartago**, fuera de la misma **Cartago**.

Toda resistencia era inútil, pues la guerra estaba terminada, ya que en caso semejante, el hombre no es tan estúpido que resista. Siendo éste el balance, correspondía ahora dar al buen sentido comercial una nueva serie de aplicaciones concretas... Así hablaron "las personalidades financieras más autorizadas", y arrojaron al cesto de los papeles los despachos, cada vez más apremiantes, de **Aníbal**. Así habló y obró el gran imperio cartaginés. El vicio favorito de las naciones mercantiles, la imbecil presunción de que la estupidez es una colocación segura y el genio una especulación arriesgada, le indujo a matar de hambre, abandonándolo a su destino, al genial virtuoso de la guerra, real presente que los dioses le habían hecho en vano.

...¿Quién les hubiera dicho que los romanos esperaban contra toda esperanza?. Su religión era la religión de la fuerza y del miedo; ¿Cómo podían comprender que hubieran hombres que despreciaran el miedo y no se sometieran a la fuerza? Su filosofía del mundo estaba dañada en el mismo corazón; estaban cansados de la guerra; ¿Cómo iban a comprender a los que sostenían todavía la guerra aunque estuvieran hartos de ella?... Y **Cartago** cayó como un relámpago, como sólo antes que ella había caído Satán. La **Villa-Nueva** no es más que un nombre sobre la arena, y ni siquiera queda un

pedrusco que señale el sitio de su antiguo esplendor. Pero siglos después de la última guerra que acabó por consumir su pérdida, unos obreros que excavaban en los escombros de sus cimientos sepultados, sacaron a la luz, con sus picos, las reliquias de su religión: un amasijo de esqueletos minúsculos.

Cartago cayó por ser fiel a su propia filosofía. **Moloch** devoró a sus propios hijos. Los dioses se habían erguido y los demonios huyeron. Pero era una victoria de vencidos, por no decir de muertos. Nadie comprenderá, plenamente, el gesto de **Roma**, ni el destino que había de llevarla al puesto supremo, si no conserva íntegra la memoria de las horas de vergüenza y de agonía durante las que perseveró en su elevado testimonio de que poseía el alma sensata de **Europa**...Pues hay gran diferencia entre el ídolo que es sólo un muñeco de madera, al que los niños ofrecen migas de pan, y el ídolo gigante que devora a los niños.

...Y no sin un sentimiento de íntima ternura vemos caer el crepúsculo sobre los enebros y a los dioses familiares regocijarse en voz baja cuando **Cátulo** vuelve a **Sirmio**.

"Delenda est Carthago."

Como vemos, Chesterton ha captado en su esencia qué se jugaba y qué se juega entre Roma y Cartago. Concluyo con una reflexión de nuestro entrañable homenajeado para aquellos que creen que estas cuestiones son antiguallas e inactuales "Los teósofos edifican un panteón, pero sólo un panteón para panteístas. Llaman, campanudamente, Parlamento de Religiones a lo que no es más que un parlamento de pedantes. Exactamente igual se elevó un panteón, hace dos mil años, en las orillas del Mediterráneo, y se invitó a los cristianos a que colocaran la imagen de Cristo al lado de las imágenes de Júpiter, de Mitra, de Osiris y de Ammón. La negativa de los cristianos fue la que torció el curso de la historia. Si los cristianos hubieran aceptado, ellos y el mundo entero habrían caído- permítasenos la grotesca metáfora- en la gran caldera donde se liquidaban ya, en cosmopolita corrupción, todos los demás mitos y misterios. Quien no se dé cuenta de lo cerca que estuvo el mundo de la muerte, por causa de la tolerancia y la fraternidad de las religiones, no podrá comprender la verdadera naturaleza de la Iglesia". (Chesterton "El Hombre Eterno" Capítulo Primero, El Dios en la Caverna, Pg. 213)

Sólo me queda agradecer a ese caballero andante que fue Chesterton, a ese Quijote creador de la Hostería Volante, quien, como dijo Anzoátegui "Tenía el alma alegre, sonora y desbordante, como un enorme jarro de cerveza picante... creía en el milagro del pan y del tocino, y en la luz clamorosa que se oculta en el vino. Y en el hada Morgana y el guerrero cruzado y en la Virgen María, y en el Verbo Encarnado. Y llegaba a las cosas y les daba su nombre, y las cosas estaban al servicio del hombre..."

Sin adelantarme al juicio de la Santa Madre Iglesia, me atrevo a decir con absoluta convicción: "GILBERT CHESTERTON ORA PRO NOBIS".